



miércoles 21 de julio de 2004

la tercera

ALEMANIA HONORABLE

POR JOSÉ MARÍA LASSALLE/

HACE sesenta años un puñado de alemanes trató de salvar el honor de su patria. Su decisión fue una medida desesperada. Otras veces lo habían intentado, pero siempre sin éxito. En julio de 1944 la situación ya no admitía demoras. Alemania estaba vencida. Los ataques aéreos demolían día tras día los focos de resistencia alemana. Los anglonorteamericanos habían hecho cuajar su invasión de Normandía mientras su avance en la península italiana seguía su curso. Al este, los rusos comenzaban a presionar sobre las fronteras alemanas aproximándose a Polonia y Prusia Oriental. Hitler sabía que su Imperio de los Mil Años estaba a punto de ser arrollado por las fuerzas de la historia que había desatado. Secuestrada su voluntad por la despreciable tiranía del nazismo, Alemania iniciaba así el tramo final de la senda que la condujo hacia el suicidio colectivo de la mano de su ejecutor: Adolfo Hitler.

Hacia él dirigieron sus puñales los conspiradores. Conscientes de que la cabeza de la serpiente era el punto más vulnerable de la tiranía, urdieron una trama que buscaba poner fin a la carnicería que desde 1939 había desencadenado Alemania con la invasión de Polonia. Aquella bomba que el conde von Stauffenberg había situado a unos metros del lugar que ocuparía Hitler en la sala de mando de la «Guarida del Lobo» fue, sin embargo, azarosamente desplazada por un oficial al que incordiaba la maleta que contenía la única salvación posible que tenía a su alcance Alemania.

La historia que vino después es conocida. El tirano sobrevivió al atentado aunque durante las horas de confusión que siguieron a la explosión, los conspiradores trataron de hacerse con el control del país desde los focos en los que se había fraguado el golpe de Estado: Berlín y París. El mariscal Von Witzleben fue nombrado Jefe del Estado y Carl Goerdeler su canciller. En el Estado Mayor de la Wehrmacht en París los oficiales brindaban con champaña por el éxito de la operación al tiempo que detenían a los mandos afectos al nazismo. Aquella esperanza fue efímera. Unas horas después, las dentelladas del lobo herido en su guarida prusiana pusieron fin a todo aquello. El resentimiento plebeyo que el nazismo sintió siempre hacia los círculos aristocráticos alemanes del viejo Reich que sobrevivió a Weimar y al ascenso de Hitler emergieron a la superficie sin contemplaciones. La revolución nazi puso en marcha su maquinaria asesina y terminó colgando de ganchos de carnicería a quienes habían tratado de impedir que Hitler cumpliera su sueño después de que fracasara su sed de conquista: inmolarse a sí mismo convirtiendo Alemania en una inmensa hoguera.

Es curioso que uno de los conspiradores que sobrevivió a la represión subsiguiente hubiera descrito literariamente la intentona de Stauffenberg cinco años antes. En Sobre los acantilados de mármol (1939) Ernst Jünger recrea con pelos y señales la intentona, sus protagonistas y su desenlace. En sus diarios de la Segunda Guerra Mundial -Radiaciones- da cuenta pormenorizada de cómo fue fraguándose la conspiración desde el principio mismo de la guerra, cuando Alemania estaba exultante por las victorias de las divisiones pánzer. Incluso redactó el manifiesto -La paz- que de alguna manera iba a ser el contenido programático de la Alemania que resultaría del triunfo del golpe de Estado. El desprecio espiritual que aquellos aristócratas sentían hacia lo que encarnaba Hitler fue la reacción de la Alemania honorable que tantos admiramos y que corporeizan en sus escritos teólogos como Bonhoefer o poetas como Stefan George.

En aquel círculo de «Kreisau» que lideraban von Moltke o von Trott zu Salz se defendía el espíritu de aquella cultura alemana que fue la levadura del pensamiento y las artes europeas desde el siglo XVII hasta nuestros días. Esa Alemania intensa y enérgica en su carácter y en el ejercicio de su búsqueda de la verdad y la belleza, pero respetuosa, ilustrada, flexible y abierta, sin la cual no podría entenderse lo que Alemania es hoy, en 2004, a pesar de la ignominia que supusieron las dos guerras mundiales desatadas por el secuestro de la racionalidad y la templanza que significaron para los europeos el ascenso del nacionalismo alemán y de su criatura: el nazismo hitleriano.

Bastaría leer a Thomas Mann para comprender la complejidad del fenómeno cultural alemán y, sobre todos, sus peligrosas contradicciones. En ese ajuste de cuentas interior que llevó a cabo en sus novelas Doctor Faustus y La montaña mágica están las explicaciones. Mann sabía de lo que hablaba. El Nobel alemán fue seducido por el reverso tenebroso e irracional de esa cultura alemana que cayó víctima de su propensión organicista y romántica de la mano de una Revolución Conservadora que irrationalizó la arquitectura cultural de Alemania y la condujo -como al Naphta de La montaña mágica- al suicidio nihilista. Es cierto que Mann puso tierra de por medio pero otros permanecieron en aquella «nave de los locos» en la que se transformó Alemania y desde ella trataron de apagar el fuego que se había desatado en la santabárbara de sus entrañas emocionales y que, como sabemos, no sólo fue un mal alemán, sino europeo, algo precisamente de lo que los propios franceses podrían hablar si fueran capaces de superar su soberbia racionalista e ilustrada y verse a sí mismos en ese espejo distorsionado de la imagen ideal de Francia que fueron Céline, Morand o Drieu La Rochelle, entre otros.

Hace bien Alemania homenajando a quienes trataron de liberarla del abrazo de sí misma. Al hacerlo construye desde la reflexión sobre su pasado. Europa necesita una Alemania que se libere de sus culpas y afronte el futuro queriendo ser ella misma. Se echa de menos un liderazgo alemán centroeuropeo que sitúe a Europa en un justo medio que armonice su asidero continental con su ineludible y necesaria proyección occidental y trasatlántica. La centralidad alemana debe llenar su vacío y evitar que otros quieran cubrir su ausencia de protagonismo. Aquellos conspiradores que se jugaron su cabeza hace sesenta años eran alemanes, sí, pero por eso mismo se sentían profundamente europeos y occidentales. Quien desee profundizar en esta reflexión tiene a su alcance un libro admirable que reproduce el espíritu de la conspiración de Stauffenberg. En Los diarios de Berlín (1940-1945) de Marie Vassiltchikov se condensa la rebeldía de una aristocracia del espíritu europea que conspiró desde sus lazos alemanes, italianos, franceses, españoles o rusos contra el rencor que el totalitarismo nazi sentía hacia lo que significaba la libertad. Parfraseando a Zweig, el «mundo del ayer» decimonónico trató de cerrar el paso al totalitarismo del siglo XX. El desenlace no fue el esperado pero su homenaje merece sacarse a la luz a pesar de que se frustrara su acción y dejara paso expedito a ese totalitarismo comunista que se adueñó de media Europa hasta que hace quince años, en 1989, cayera por fin derrotado en el corazón mismo de la Alemania que intentaron salvar en 1944 un puñado de aristócratas enamorados, a la manera tocqueviliana, de la libertad.